EL UNIVERSAL

Cuauhtémoc Cárdenas: su legado democrático

CARLA HUMPHREY JORDAN

La noche del 6 de julio de 1988, Cuauhtémoc Cárdenas fue a la Secretaría de Gobernación con dos adversarios, Rosario Ibarra de Piedra y Manuel Clouthier. Los tres habían competido por la Presidencia. Esa noche firmaron un llamado común para denunciar irregularidades y exigir respeto al voto. De todas las imágenes que deja el ingeniero, esa me parece la más reveladora. En la hora de mayor incertidumbre de su carrera, se unió a quienes habían pedido el voto para proyectos distintos en la defensa del derecho a que cada sufragio contara.

El hijo de Lázaro Cárdenas, nacido en 1934, había trabajado como ingeniero en la cuenca del Balsas y gobernado Michoacán por el PRI. Conocía por dentro el partido al que se enfrentaría. Junto con Ifigenia Martínez y Porfirio Muñoz Ledo, cuestionó la forma en que el PRI escogía a su candidato presidencial. Su ruptura hizo visible el costo de disentir en un sistema en el que las posibilidades de gobernar dependían en buena medida de permanecer dentro del partido oficial. Al encabezar el Frente Democrático Nacional, puso su nombre al servicio de una apuesta que sólo podía prosperar si muchas otras personas hacían suyo el desafío.

Cárdenas entendió que la fuerza reunida en una campaña podía dispersarse al día siguiente. En octubre de 1988 convocó a los comités cívicos, a quienes habían defendido el voto y a ciudadanos y ciudadanas sin partido a construir una organización permanente. De ese esfuerzo nació el PRD en 1989, del que fue primer presidente. Para la izquierda, el paso fue decisivo. Corrientes con historias y lenguajes distintos podían disputar juntas el gobierno, llevar al Congreso sus causas y someter sus propuestas al juicio de las urnas. En el programa que Cárdenas defendió cabían la representación proporcional en el Senado y la recuperación del salario. Ambas respondían a una misma preocupación por el poder de quienes tenían poca voz en las decisiones del país.

La movilización que encabezó en 1988 ayudó a hacer políticamente inaplazable la discusión sobre quién organizaba las elecciones. La autonomía del IFE, alcanzada en 1996, fue producto de años de presión ciudadana y negociación entre fuerzas distintas. Cárdenas vivió el alcance de esa apertura al ganar, en 1997, la primera elección directa para gobernar el Distrito Federal. En su toma de posesión pidió que la Asamblea capitalina llegara a tener todas las facultades de un Congreso local. Su discurso reconocía que la victoria apenas empezaba a reparar una desigualdad política. La capital podía elegir a quien le gobernara y aún tenía que conquistar atribuciones para gobernarse.

El ingeniero contendió tres veces por la Presidencia. En 2000 reconoció el triunfo de Vicente Fox, cuyo proyecto combatió en campaña. Para mí, ese gesto ilumina su protesta de 1988. En ambos casos se tomó en serio que el veredicto correspondía a las y los votantes. Más ingrato fue el desenlace con su propio partido. En 2014 renunció al PRD después de años de discrepancias con su conducción y de denunciar el reparto de decisiones por cuotas. Su autoridad de fundador resultó insuficiente para cambiar las prácticas que cuestionaba. La izquierda tiene razones para agradecerle esa franqueza y motivos para preguntarse por qué llegó tan tarde la discusión dentro del partido.

Al despedir a Cuauhtémoc Cárdenas, vuelvo a aquella noche en Gobernación. Entró acompañado de dos personas que querían derrotarlo. Los tres llevaban una exigencia que valía por igual para sus votantes y para los de sus adversarios. México le debe al ingeniero haber sostenido esa exigencia hasta que lo que el poder trataba como una insolencia llegó a ser lo mínimo que la ciudadanía le exige a quien gobierna. ●

—Consejera electoral del INE